

4º MENCIÓN

HOMBRE NIÑO

Gabriel Esteban Patané

El destino era un camino empedrado para el niño sin zapatos. Había decidido sacárselos porque le molestaban y su queja entonces era en silencio, el orgullo le impedía aceptar la tortura china que significaba caminar descalzo bajo el sol. Esquivó como pudo ciertas partes del recorrido, se detuvo varias veces y se quedó jugando sin otra preocupación que eso que le estaba pasando. Descubrió que de noche era más llevadero para sus pies descalzos caminar derecho, adelantaba tramos largos y la mochila no le pesaba tanto. Dormía de a ratos, se despertaba y las estrellas parecían moverse cuando las miraba acostado. Pero ante el sol de la mañana, los primeros rayos, sabía que debía seguir caminando, estiraba su espalda, veía el camino, terminaba el descanso.

Ese día ocurrió un hecho extraordinario: si bien nunca se sintió solo aunque no había personas a su lado, vio donde el camino serpenteaba la silueta de un hombre, también caminando. Con esas ganas que solo los niños gozan sin pensar, lo que llamamos curiosidad, aceleró sus pasos para alcanzarlo. Le dolían los pies pero estaba entusiasmado porque la silueta ahora permanecía inmóvil y el niño se seguía acercando. Era una persona alta, todo el tiempo le daba la espalda, tenía una camisa que el niño juzgó extraña, de seda blanca y que le quedaba muy grande. Faltaban unos diez metros y el hombre lo miró de frente. Se puso en medio del camino y avanzó hacia el niño, que se detuvo, mezcla de miedo y sorpresa. Se quedó parado para dejarse alcanzar. Mediodía del cuarto día caminando. El niño que no usaba sus zapatos y el hombre alto de camisa de seda en el medio de la nada, se habían encontrado. Pero como no se conocían cada uno creyó al otro equivocado. El hombre le preguntó qué hacía ahí, solo y tan chico. Y el niño le dijo que le gustaba salir a caminar, que en su mochila tenía cosas como para no pasar tan mal el tiempo. Ambos miraron, como si se hubieran puesto de acuerdo, sus propios pies. Los del hombre dentro de unos zapatos impecables, de esos flamantes y acordonados. El niño tenía un poco sucios los pies, y como sintió que le preguntarían sobre el tema, le dijo que fue decisión de él sacarse los zapatos.

Con total desconfianza ambos empezaron a caminar despacio y a la par. Un buen rato. Cuando cayó la tarde y ambos encontraron una especie de refugio, sin hablar decidieron parar a descansar. El niño le contó al hombre la rara experiencia con las estrellas, eso de mirarlas acostado y que pareciera que cambiaban lugar y tamaño. Que no entendía. Porque las estrellas debían estar fijas viera donde uno las viera. Se miraron en silencio porque no había respuesta y se durmieron.

Mañana del quinto día de iniciada la caminata. El niño se levanta y ve que ya no está el hombre. De nuevo está solo. Volvió al camino empedrado, miró para ambos lados pero

no lo encontró. El sol asomaba y decidió retomar la caminata. A los diez minutos se dio cuenta. La camisa de seda blanca y los zapatos impecables le quedaban ahora bien a ese niño. Que en el camino empedrado buscaba su destino.